ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

NORMA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

ARREGLADA EN VERSO CASTELLANO,

POR

D. LUIS DIAZ COBEÑA Y D. LUIS BONAFÓS.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

NORMA.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/normatragediaenc00soum

NORMA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

ARREGLADA EN VERSO CASTELLANO.

POR

D. LUIS DIAZ COBEÑA Y D. LUIS BONAFÓS.

Representada en el Teatro de Novedades el 23 de Diciembre de 1876.

MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO,
Isabel la Católica, 23,
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
NORMA, Druidesa, hija de.....	Sra. Civili.
OROVESO, anciano bardo y guerrero.	Sr. Montenegro.
ARMEL, su hijo, guerrero galo.....	Sr. Mela.
HENA, sacerdotisa del templo.....	Sra. Lombia.
POLION, Procónsul de Roma.....	Sr. Palau.
TULO, emisario de Aquitania.....	Sr. Escanero.
RONAN, emisario de Bélgica.....	Sr. Delgado.

Sacerdotes, Guerreros y Pueblo.

La escena pasa en las cercanías de Antrico, residencia de los Druidas y ciudad principal de la Galia Céltica.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Lugar desierto y solitario á orillas del rio Ligeri, que se ve correr al fondo de la escena. A un lado el declive de una colina practicable, que se pierde entre las encinas. Al pié de ella una gruta con una grieta ó abertura por la que se penetra al interior. Al alzarse el telon comienza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

POLION (Disfrazado con vestiduras galas.)

Muéstrase al fin la sonrosada aurora
en el Oriente con incierto paso,
tiñendo con su luz tornasolada
cuanto la vista abraza en el espacio.
Hoy hace veinte dias que contemplo
en este sitio idéntico espectáculo;
y ¡oh vergüenza! Polion, el invencible
caudillo del ejército romano
que sometió á las Galias; el que en ellas
cual procónsul de Roma ejerce el mando,
en esa gruta miserable oculto
con falso nombre y traje disfrazado,
reducido á mentir acepta humilde
la aborrecida proteccion de un galo!
¡Me causo horror: me desconozco! ¡Oh Hena,
por tí no más me rebajara tanto!
Mas ¿por qué tiemblo al pronunciar su nombre?
¡Ay! es que el eco con rumor infausto
une al suyo el de Norma. ¡Norma!... há tiempo
que es á su amor mi corazon ingrato:

714944

mas siempre su recuerdo está en mi mente
como sombra fatídica enclavado!
¿Cuál es la senda que el destino ciego
abre á mis piés? ¿Qué importa, si al fin hallo
la hechicera beldad que me enamora?
Sucumba yo si su cariño alcanzo.

ESCENA II.

DICHO y OROVESO.

OROV. (Saliendo de la gruta.)
¡Fuera ya de la gruta antes del dia!
¿Por qué dejas el lecho tan temprano?
Necesitas quietud, calma, reposo.

POLION. Tienes razon; mas huye de mis párpados
el dulce sueño cuanto más le invoco.

OROV. De profundo dolor atormentado
sé que se halla tu pecho, aunque el orígen
nunca á tu amigo quieres revelarlo.

POLION. Perdóname, te ruego: es un secreto
de los que importa reservar al labio.
A ser posible, á tí, buen Oroveso,
más que á nadie le hubiera confiado.

OROV. Guárdale, pues; mi afan sólo desea
que aprecies más tu vida siendo cauto.
Tu herida se halla mal cerrada apenas.

POLION. Ignoble herida, abierta, no en el campo
por enemigo acero, sino en lucha
con una fiera miserable!

OROV. Claro
leo en tu pensamiento. Mas ¿qué quieres?
Fuerza es que siga ocioso nuestro brazo,
pues que la voluntad de nuestros dioses
lo ordena así: la espada, que luchando
brilló en dias de gloria, abandonada
y enmohecida yace: el noble galo,
de quien la libertad fué dulce madre,
se arrastra entre cadenas blasfemando.
Mas, paciencia: ¿quién sabe si los dioses

contemplan compasivos nuestro llanto,
y en este mismo instante nos ordenan
dar el grito de guerra á los romanos?

POLION. ¡Guerra deseas?

OROV. Ella es la esperanza
que caldea la nieve de mis años.
¿Qué te asombra? Aunque ya mi cabellera
blanca se ostenta y encorvado marcho,
cuando á lidiar por las divinas leyes
de patria y libertad el bronce sacro
con su clamor nos llama, arde mi seno
cual el tuyo con ánimo esforzado.

POLION. (Aparte.) ¡Caiga la execracion sobre tu raza,
ya que nada por hoy puedo en su daño!

OROV. El genio creador desde la infancia
brilló en mi mente; y sin pesar, cantando
á la gracia, al amor y á la hermosura
vivia yo como inspirado Bardo;
cuando turbó de pronto nuestra selva
el rumor de las armas del Germano,
y un grito de Cevenas á los Vosgues
lanzó de independencia el pueblo galo.
Mi lira entonces, de elevada encina
hice colgar en los sagrados brazos;
y despues, la vergüenza del vencido,
del vencedor los valerosos rasgos
alzó en ella mi voz, tras del combate,
con entusiastas ó sentidos cantos.

POLION. ¿Y ahora?

OROV. Sólo la vergüenza reina:
rompo mi lira con dolor y callo.

POLION. ¿Odias á Roma?

OROV. Como nadie.

POLION. ¿Anhelas
vengarte?

OROV. Por lograrlo lucho en vano,
y veo con pesar no llega el dia
aunque á los dioses mis plegarias alzo.

POLION. ¿Si el pueblo como tú guerra desea,
por qué sufre en silencio como esclavo?

OROV. Porque el cielo lo ordena.
POLION. ¿Y quién lo dice?
OROV. Norma.
POLION. ¡Norma!
OROV. Mi hija. Por su labio
sus decretos sabemos.
POLION. (Aparte.) ¡Por do quiera
ese nombre fatal!...
OROV. Siempre velando
el ara de los dioses, en las sombras
de la noche los habla, y sus arcanos
más ocultos revela á nuestro pueblo
que los acata humilde.
POLION. Y bien, ¿los hados
qué dicen, qué os ordenan?
OROV. Hablan siempre
de sufrimiento y paz con tono infausto.
Está escrito en el libro del destino:
el instante de guerra aún no ha llegado.
Norma prometió aquí venir el dia
en que de la venganza nuncio claro
nos muestre el cielo.
POLION. ¿Y aún lo esperas?
OROV. Siempre:
cual solo medio de salud le aguardo.
Mas entremos: reposo necesitas:
quiero bañar con saludable bálsamo
tu herida, antes de irme á esa colina
á ofrecer mis plegarias y mi brazo
á la nocturna diosa, cuyo fuego
en breve va á extinguirse.
POLION. (Aparte.) ¡Noble anciano;
ignoras á quien salvas! Algun dia
quizá por ello correrá tu llanto
y te arrepentirás, como yo ahora
de engañarte traidor.
OROV. Sígueme.
POLION. Vamos.
(Entran en la gruta.)

ESCENA III.

NORMA.

(Aparece por la derecha con semblante abstraido y los brazos cruzados sobre el pecho.)

¿Dónde estoy?... ¿A qué vengo?... ¿Con qué objeto
dirijo aquí mi vacilante paso?
¿Quién al verme dirá esa fué Norma,
intérprete divina de los hados,
la mujer inspirada que predice
del porvenir el insondable arcano;
la elegida del cielo, la que un pueblo
mira á sus piés sumiso y prosternado?
¿Y cuál la causa fué? Polion: terrible
talisman que imprudente ha derrocado
el sacro pedestal en que me alzaba
como diosa hasta aquí! ¡Cuál fué mi engaño!
Me creia insensible, y á un acento
que pronunciaron sus amantes labios,
ardió en mi seno la pasion más dulce
y tremenda á la par... ¡amor tirano!
¡Oh rabia! ¡Tiemble el fementido, tiemble
si en desprecio mi amor se torna al cabo!

ESCENA IV.

DICHA, OROVESO, saliendo de la gruta.

OROV. ¡Norma!
NORMA. Padre.
OROV. ¡Eres tu?
NORMA. ¿Ya no conoces
á tu hija! ¿Pues qué, tanto ha cambiado!
¿La luz divina de los dioses brilla

sobre mi frente con fulgor más pálido?

OROV. ¡Ah, no! te reconozco; mas...

NORMA. Yo misma
averiguar quién soy pretendo en vano.

OROV. Tan grata fué tu vista inesperada
para mi corazon, la ansiaba tanto,
que al pronto te juzgué sombra engañosa.

NORMA. Bien dices, padre mio, no fué engaño:
Soy la sombra de Norma.

OROV. No comprendo...

NORMA. ¡Quién comprenderme puede?

OROV. ¿A revelarnos
vienes alguna nueva venturosa?

NORMA. ¿Cuál?

OROV. ¿Los dioses por dicha te han hablado:
nos permiten al fin que nuestras armas
alcemos contra el pérfido romano?

NORMA. ¡Ah!

OROV. Responde: ¿consienten?

NORMA. (Aparte.) ¡Y él no viene!
¡Oh suerte incontrastable de los hados!
Me olvida ya; no hay duda.

OROV. ¿No respondes?

NORMA. (Aparte.) La Galia entera á un signo de mi mano
puedo lanzar contra él: la paz desprecia;
pues bien, guerra tendrá.

OROV. ¡Silencio extraño!
¿Por qué no me respondes? Mil ideas
tu mente ofuscan en tropel contrario.

NORMA. Te engañas.

OROV. ¿Cómo?

NORMA. Todo está resuelto.

OROV. ¿De la venganza el dia codiciado
se halla próximo?

NORMA. Sí.

OROV. ¡Mágica frase
que me estremece de ventura! El rayo
del cielo, al fin sobre el romano ejército
y el odioso procónsul brama airado!

NORMA. ¡Sobre él!

OROV. Sí: su cabeza miserable
á mi sediento hierro la consagro.

NORMA. (Interrumpiéndole con fiereza.)
Caiga, del que la alzase en contra suya,
rota en el polvo la atrevida máno;
cubra su frente el deshonor; la espalda
torne en la lid al enemigo; escarnio
sea del pueblo, y su postrer instante
maldiga el cielo en su furor insano.

OROV. ¡Qué escucho! ¿La existencia del procónsul
te interesa quizá?

NORMA. Te has engañado:
le detesto... le odio...

OROV. ¡Y bien?...

NORMA. Repito
que le aborrezco.

OROV. Entonces ¿por qué á salvo
quieres poner su vida? ¿Grata al cielo
será tal vez? Mas no; que el ultrajado
altar de nuestros dioses lavar debe
su sangre.

NORMA. Nunca: sus preceptos sacros
te toca obedecer. A mi presencia
haz que lo traigan... pero vivo. (Aparte.) ¡Ingrato!
(Alto.) Aún... verle necesito.

OROV. ¿Y con qué objeto?

NORMA. (Con afectada calma.)
Para verter su sangre por mi mano.

OROV. Está bien; de su vida te respondo.

NORMA. ¿Me lo juras?

OROV. Lo juro.

NORMA. (Aparte.) ¡Ah, le he salvado!
(Alto.) Ahora bien, vete; y en la selva umbrosa
alza el grito de guerra sacrosanto.

OROV. Te obedezco: mas ántes á mi huésped
advertir quiero del suceso fausto.
(Acercándose á la gruta.)
Hermano, llegó el dia; ven conmigo:
en breve será libre el pueblo galo.

ESCENA V.

DICHOS y POLION.

POLION. (Saliendo de la gruta y viendo á Norma.)
¡Norma!
NORMA. ¡Polion!
(Breve pausa.)
OROV. ¿Qué veo? Tal sorpresa,
¿qué significa? ¿Os conociais ambos?
POLION. ¿Quién no conoce á Norma?
NORMA. Nada oculto
hay á mi vista... nada.
POLION. No hay arcanos
posibles para ella.
NORMA. (Con intencion.) Ni el secreto
que más oculta el corazon ingrato.
POLION. (Aparte.) ¡Ah qué escucho!
OROV. La nueva venturosa
sepa este amigo por tu propio labio.
POLION. ¿Qué nueva es esa?
NORMA. Una muy terrible
para el impío.
POLION. ¿Cual?
NORMA. Guerra.
POLION. ¿Al romano?
NORMA. Sí.
POLION. (Aparte.) ¿Descubierto habrá que adoro á Hena?
¡Tiemblo!
OROV. Corro á tomar del árbol sacro
mi espada que brillar en la lid debe
contra Roma, y mi lira, cuyo canto
ensalzará muy pronto la victoria.
POLION. ¿La logrará por fin el pueblo galo?
OROV. Lo ignoro: mas te juro por los Dioses
que muerto me has de ver ó vindicado!
(Váse subiendo por la colina.)

ESCENA VI.

NORMA y POLION.

POLION. ¿La guerra estalla al cabo?
NORMA. Sí: venganza
los dioses hace tiempo decretaron.
POLION. ¿Tú díste la señal?
NORMA. Yo misma.
POLION. ¿Y sientes?...
NORMA. Siento, Polion, haberla retardado.
POLION. (Haciendo ademan de partir.)
Adios; y para siempre.
NORMA. (Deteniéndole.) ¡Ah! no, detente.
POLION. Déjame; aparta.
NORMA. ¿Dónde vas?
POLION. Al campo;
donde el honor me llama.
NORMA. Por ventura
otro acento no escuchas más sagrado
que siempre aquí permanecer te ordena?
POLION. ¿Cuál?
NORMA. El deber.
POLION. Las tropas de mi brazo
tienen necesidad.
NORMA. Y yo de hablarte
por vez postrera.
POLION. ¿Y á qué fin? ¡Cambiado
se halla tu amor!
NORMA. ¡Cambiado!!!...
POLION. Sí: ¿la muerte
no quieres darme?
NORMA. ¡Yo!!!... Más, dime, ingrato;
¿no lo mereces por ventura? Todo
te lo sacrificó mi amor incauto.
Al ara y á mis dioses fuí perjura:
mi altivez y mi honra por el fango
insensata arrastré: un pueblo entero

sufre por mí la infamia del esclavo,
y mil veces la muerte de tu frente
supo apartar mi cautelosa mano.
Y yo... ¡triste de mí! ¿qué te he exijido
de tanta pena y sacrificio en cambio?
Amor... tan solo amor: pero tú, pérfido,
¡olvidas que padezco y que te amo!

POLION. ¿Quién lo afirma? ¿Qué orígen tener puede
esa sospecha?

NORMA. ¿Y osas preguntarlo?

POLION. Sí.

NORMA. Me engañas en vano.

POLION. (Dá un paso con intencion de retirarse.)
Adios.

NORMA. Detente:
¡me abandonas!!!...

POLION. Sí, Norma; es necesario.

NORMA. ¡Imposible! No sabes cuántas veces,
desde el dia en que al sitio acostumbrado
dejaste de acudir, en él mi vista
fijé anhelante... pero siempre en vano:
y cuántas á las auras, á las flores,
á las sacras encinas y á los astros
les pregunté por tí, sin que me dieran
noticia alguna del objeto amado.

POLION. ¿Y traidor me creiste?

NORMA. ¿De otro modo
cómo explicar tu ausencia?

POLION. Ve lo falso
y lo aparente, cuán distante á veces
se halla de la verdad.—Pérfido, ingrato
me juzgaste, y por verte, mi existencia
exponia en un lance temerario.

NORMA. ¿Qué dices?

POLION. La verdad.

NORMA. ¿Será posible?

POLION. Escucha: voy á referirte el caso
por el cual no me hallaste aquella noche
como siempre, en el sitio acostumbrado.
Caminaba á favor de las tinieblas,

y alas prestaba á mis furtivos pasos
el amor, avivando mis deseos
de admirar tu hermosura prosternado;
cuando de pronto resonó un rugido
que pobló el bosque de rumor y espanto,
y una fiera, del hambre estimulada,
salió veloz á disputarme el paso.
Era imposible huir: sus chispeantes
ojos, fijos en mí con fuego extraño,
todos mis ademanes expiaban.
Un instante estuvimos contemplándonos
atentamente, como dos atletas,
que ántes de unirse en retorcido lazo
se observan y se palpan, de sus fuerzas
y su valor recíproco juzgando;
hasta que sobre mí con feroz rabia
súbito el animal cayó de un salto.
El choque resistí, y en sus entrañas
sepulté el hierro, más sus dientes ávidos
y sus uñas sentí rasgar mis hombros,
y en mi rojo semblante el hedor cálido
de la sangrienta boca: presto, unido
á la bestia feroz en rudo lazo
me miré, sin lograr que se rindiese
á mis terribles golpes, y exhalando
con ella al par rugidos espantosos
de dolor y de rabia: mas, al cabo
cayó herida de muerte, y aunque al suelo
arrastróme jadeante, ensangrentado,
pude en breve observar que mi victoria
era completa y que me hallaba en salvo.

NORMA. ¡Horrenda historia! Gracias rindo humilde
al cielo que tu vida ha libertado.
¿Y despues?

POLION. Al rumor de la contienda
al punto vi acudir un noble anciano.
Era tu padre: restañó mi sangre,
y á su morada con afan me trajo:
con él viví hasta ahora, y por mi aspecto
piensa que pertenezco al pueblo galo.

NORMA. ¿La verdad me dijiste?
POLION. Al testimonio
de Oroveso me atengo.
NORMA. No: tan claros
matices, nunca la mentira viste.
Y aunque verdad no sea, un dulce engaño
es preferible á la cruel certeza
de ver que eres desleal é ingrato.
POLION. ¡Norma!
NORMA. Si tu amor pierdo, la cortante
segur rasgue mi cuello: agudo dardo
hiera este corazon, que para amarte
tiene en el pecho reducido espacio,
y enmudezca mi lengua, que no puede
expresarte jamás cuanto te amo!
POLION. (Aparte.) ¡Desdichada! ¡Y aún puedo á tal cariño
ser insensible y desleal?
NORMA. Te aguardo
mañana junto al bosque, que testigo
de nuestra dicha fué.
POLION. ¿Te has olvidado
de lo que há poco prometiste, Norma?
NORMA. No.
POLION. Los druidas guerra á los romanos
por órden tuya aclaman.
NORMA. Nada temas:
aún la saeta no partió del arco
y la terrible hoguera que mi enojo
supo encender, apagará mi mano.
Mas, antes dime; ¿te veré mañana?
POLION. Sí.
NORMA. ¿Por tu amor lo juras?
POLION. Por mi claro
renombre y por mi honor te lo prometo.
NORMA. Y yo á mi vez salvarte.

ESCENA VII.

DICHOS: OROVESO, con una espada en una mano y una lira en la otra, sale por el fondo, seguido de druidas, guerreros y pueblo.

OROV. (Dentro.) ¡Al arma galos!
¡Guerra y venganza! ¡al arma!
POLION. (A Norma.) ¿Escuchas?
NORMA. (A Polion.) Calla:
confia en mí.
OROV. (Entra seguido del pueblo, etc.)
¡Perezcan los romanos!
¡Muera el impío!
NORMA. (Con ademan imperioso.) Basta: deteneos
(A Oroveso.) Rompe tu espada y en tu lira el canto
entona del dolor: aún de exterminio
y de venganza el dia no ha brillado.
OROV. ¿Qué dices?
NORMA. En el nombre de los dioses
paz te ordeno.
OROV. ¡La paz! ¿Antes tu labio
no dió el grito de guerra? ¿Los designios
pueden de nuestros dioses soberanos
cambiar cual los del hombre?
NORMA. Adora y calla.
OROV. ¡Tanta esperanza y ardimiento tanto
desvanecidos como leve niebla,
que huye del sol al matutino rayo!
Habla, Norma; hija mia.
NORMA. (Con creciente entusiasmo.) De los dioses
soy hija: á mí tan sola los arcanos
me es dado penetrar del libro eterno
del destino.—Perezcan los incautos—
así está escrito en él con indelebles
caractéres de fuego,—que insensatos
sus profundos misterios intentasen
descubrir en su orgullo temerario:
mueran los que su espada á blandir lleguen
sin que los dioses lo hayan ordenado,

y sucumban, en fin, los que del cielo
desobedezcan los preceptos sabios!

OROV. (Aparte.) Mi bélico entusiasmo al escucharla
siento desvanecer. (Alto.) ¿Un sueño vano
fué entonces todo?

NORMA. Dobla la rodilla,
orgulloso mortal.
(Oroveso se arrodilla.)
A los mandatos
de los dioses promete doblegarte.

OROV. Lo juro.

NORMA. ¡Adora y calla, desdichado!
(Mientras Oroveso permanece en actitud de orar, Norma se acerca rápidamente á Polion, y le dice en voz baja, indicándole á su padre):
¡Mi vida, todo es tuyo, si me juras
amarme, Polion, cual yo te amo! (Cae el telon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Selva poblada de corpulentas encinas: en el centro un ara. Empieza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

POLION y HENA.

POLION. ¿Qué tienes? ¿por qué tiemblas?
HENA. El relato
de tu peligro, me estremece el alma.
¡A qué terrible prueba, el amor mio,
hizo exponer tu vida idolatrada!
POLION. Olvida esas ideas dolorosas
de un pasado funesto, y en las gratas
horas, en que logramos reunidos
volar por las regiones encantadas
del placer, abandona toda imágen
que no envuelva risueñas esperanzas.
HENA. ¡Ah Polion! ¿Como me amas en el dia
juras amarme siempre?
POLION. Mis palabras
te lo dijeron ya.
HENA. Vuelve á jurarlo.
POLION. Pues qué ¿tienes en mí desconfianza?
El amor ponderado es ménos cierto,
HENA. En el tuyo confio, que es sagrada
para mí tu promesa; pero envuelve
siempre celos amor...
POLION. ¡Y tú los guardas!...
HENA. ¡Ah, no!.. Te creo... ¡Airado no me mires!
POLION. ¡Airado! ¿Quién pasiones tan livianas
puede abrigar, mirándose en tus ojos,

y oyendo de tu voz la dulce magia?

HENA. Si de nuevo á jurar quise obligarte,
no fueren dudas no, fué que me halaga
oirte repetir con tierno acento
«yo te adoro:» pues hallo en tal palabra
tanta felicidad, tanta alegría,
que siempre que la escucho me arrebata!

POLION. ¡Entusiasmo feliz! (Mirando al rededor.)
Pero ¿qué miro?
¡La noche ya!

HENA. (Con sentimiento.) ¡Su sombra nos separa!

POLION. ¿Aquí mañana te veré?

HENA. Lo espero.
Mas aléjate ahora; su argentada
faz, muestra ya la diosa en el oriente,
y los druidas en silencio avanzan
á segar de la encina el sacro ramo.

POLION. ¡Huir!... ¡Dejarte!...

HENA. Es fuerza.—¡Desdichada
de mí, si nuestro amor se descubriese!

POLION. Sígueme, y cesen tus temores.

HENA. ¡Calla!

POLION. Sacarte de estos sitios, y al romano
campo llevarte, puede mi arrogancia!

HENA. ¡Jamas! ¡De mi virtud, de mi firmeza
no pretendas triunfar con esas gratas
ilusiones de amor!... Ese proyecto
es imposible.

POLION. ¿Quién lo estorba?

HENA. Al ara
sabes que está mi suerte sometida
por voluntad de Norma.

POLION. ¡Suerte infausta!
Oculta á todo el mundo mi cariño
con cuidadoso afan; nuestra esperanza
guarda de todos... pero más de Norma.

HENA. ¿Tanto la temes!

POLION. Con razon sobrada.—
Sin embargo, yo haré que puedas mia
llamarte.

HENA. ¿De qué modo?
POLION. Tu tirana
religion destruyendo.
HENA. ¡Así lo dices?
POLION. Y así lo haré. La encina respetada,
los ídolos, y el antro misterioso
de mentidos oráculos, mi saña
con hierro y fuego abatirá.
HENA. ¡Qué escucho!
POLION. Y si dejando su feliz morada
descienden las deidades del Olimpo
por robarme tu amor, á contrastarlas
mi altivo corazon se halla dispuesto,
y segura del triunfo está mi espada.
HENA. ¡Oh, cesa... no prosigas! ¿Con qué objeto
buscar su indignacion?
POLION. No me acobarda.
HENA. ¿No los temes, Polion!
POLION. Mi solo númen
es Amor.
(Se oye dentro un golpe de címbalo.)
HENA. ¿Escuchaste?
POLION. Sí.
HENA. La sacra
voz del místico bronce, nos avisa.
Aléjate de aquí con breve planta
POLION. Me alejo, sí; pero mi faz muy pronto
contemplará esta selva acongojada,
y el acero romano, nuevos ecos
lograrán despertar en sus extrañas.
Adios.
HENA. ¡Sin un abrazo!
POLION. ¡Oh Hena mia!
¡Nada en el suelo nuestra dicha iguala! (Váse.)

ESCENA II.

HENA, despues NORMA.

HENA. ¡Cuánto ardor!... que los dioses no castiguen
este amor que sus leyes me vedaban;

puro es como el perfume embalsamado
que en el temprano Abril la rosa exhala
Temblando por su suerte, el pensamiento
inclino con temor al pié del ara,
no para que se extinga en el olvido...
sino para que luzca sin desgracia! (Se arrodilla.)

NORMA. (Entrando sin ser vista por Hena.)
¡Hena! ¿De qué pesares ignorados
se ve su tierna juventud esclava?
¡Conmovida parece... Ruega... llora!...
¡Hena!

HENA. ¿Quién viene?

NORMA. Yo.

HENA. (Alzándose sorprendida.) ¡Norma!

NORMA. ¿Te extraña?
¿Por qué tan triste?

HENA. Si posible fuese
el error á tu mente, hoy le probará.

NORMA. No conozco el engaño.

HENA. Sin embargo,
tranquilo, cual la bóveda estrellada
en primavera, se halla mi semblante.

NORMA. ¿Y el corazon?

HENA. Su bienestar retrata
el rostro.

NORMA. Mas há poco de rodillas
delante del altar...

HENA. (Interrumpiéndola.) Es cierto... Oraba.

NORMA Y llorabas tambien.

HENA. ¿Cómo!

NORMA. En tus ojos,
cual gotas de rocío que las auras
sostienen en el caliz purpurino
de la naciente flor, miro dos lágrimas.

HENA. ¡Cierto!
(Llevándose las manos á los ojos involuntariamente.)

NORMA. Dime tus penas.

HENA. No las tengo.

NORMA. ¿Disimulas conmigo?

HENA. ¿Tan extraña

juzgas en nuestros dias la tristeza,
que de ella buscas misteriosa causa?

NORMA. Que en esta tierra de dolor, la vida
sólo dolores y miserias guarda,
lo sé desde el nacer; pero no ignoro
que el labio juvenil admite gracias
y risas fácilmente, y aunque el tiempo
de arrebatar nuestra ilusion se encarga,
en la primera edad se ve la vida
revestida de púrpuras y galas.
Su carrera feliz cubren las rosas
en tiernos años: cuando más avanza
brota espinas en torno; y á la tarde,
enjuta ya del corazon la sávia,
las espinas tan solo permanecen
y las rosas se inclinan marchitadas.

HENA. Es verdad; pero...

NORMA. Para tí sonrie
la primavera aún.

HENA. ¿Por qué me hablas
tan dulcemente, tú que en otros dias
eras toda rigor?

NORMA. El rostro cambia
á par del corazon. Si la tristeza
me llegó á dominar, fué que juzgaba
perdido...

HENA. ¿Qué?

NORMA. ¡Cuanto de más querido
imagina la mente y goza el alma!

HENA. ¿El favor de los dioses?

NORMA. Aún más, Hena.

HENA. ¿Hay ventura mayor?

NORMA. ¡Hay una llama
que oscurece la luz del claro dia:
hay un aliento suave en que se embriaga
la vital existencia: hay una fiebre
que placer y dolor juntos hermana:
hay, en fin, un delirio más sublime
que la sabiduría tan preciada!...
Pero, ¿qué digo? Comprender no puedes

lo que temí perder, y asi me exalta...
¡No puedes comprenderlo... y si pudieras
deberias huir de mis palabras!

HENA. A los humanos ojos no fué dado
tu mente penetrar.

NORMA. Mas inspirada
mi vista, sabe interrogar la tuya
y robar tu secreto.

HENA. (Aparte.) ¡Me acobarda!
¿Y lo harás?

NORMA. Cuando el disco plateado
muestre la luna en el zénit, la causa
buscaré de tus penas.

HENA. (Aparte.) ¡Soy perdida!

NORMA. A tu pesar la he de saber.

HENA. (Suplicante.) ¡No lo hagas!

NORMA. ¿Eres culpable?

HENA. ¿Y tú me lo preguntas?
¿En tan poco me tienes? ¿De qué falta...
de qué delito, dime?—Alguno llega...
Quiero ocultarme á todas las miradas. (Váse.)

ESCENA III.

NORMA, despues ARMEL.

NORMA. ¡Así, me deja!... ¿Víctima de amores
se mirará tambien?

ARMEL. (Sale mirando hácia donde marchó Hena.)
No, no me engaña
el corazon: es ella... ¡Desdichado!

NORMA. ¡Armel!

ARMEL. (Viéndola.) ¿Tú?

NORMA. ¿Qué te guía?

ARMEL. Razon alta.

NORMA. Mucho lo debe ser, cuando por ella
infringes nuestra ley. Está vedada
la entrada aquí á los hombres.

ARMEL. Soy guerrero.

NORMA. Aunque lo seas su rigor te alcanza.
ARMEL. ¿Dónde estoy, pues?
NORMA. ¿Lo ignoras?
ARMEL. Como el ciego
que no ve el sitio do fijó su planta.
NORMA. ¡Delirio singular!
ARMEL. Tengo perdida
la razon.
NORMA. ¿Es amor quién te la embarga?
ARMEL. No lo puedo negar.
NORMA. ¿Y aquí el objeto
vienes buscando?
ARMEL. Sí.
NORMA. (Aparte.) La luz me asalta.
(Alto.) ¿Quién es, dí, la hermosura que esclaviza
al fuerte entre los fuertes de las Galias?
ARMEL. Para pintar su perfeccion, no encuentro
expresiones en mí. Une á la humana
belleza, las divinas cualidades
que en el Olimpo brillan, y una pálida
imágen te darán de sus encantos,
que hacen oscurecer la luz del alba.
NORMA. ¿Y ella te corresponde?
ARMEL. No conoce
mi pensamiento aún.
NORMA. ¿Temes?...
ARMEL. La causa
es otra.
NORMA. Dila.
ARMEL. El cielo la prohibe
amarme.
NORMA. (Aparte.) ¡Cómo?
ARMEL. A las terribles aras
eterno lazo la somete.
NORMA. (Sonriendo.) ¿Y Hena
es su nombre?
ARMEL. ¿Qué escucho?... ¿quién, hermana,
ha podido decirlo?
NORMA. Tú, viniendo,
y ella huyendo de aquí.

ARMEL. ¡Pasion infausta!
NORMA. ¿Qué te asusta?
ARMEL. Tu cólera. Mas sabe
que es inocente, Norma... ¡que no me ama!
NORMA. Te equivocas.
ARMEL. ¿Qué dices?
NORMA. Lo que he visto,
¿Cuándo y cómo la amaste?
ARMEL. Una mañana
que postrado en el templo el pueblo todo,
de tu boca el oráculo aguardaba.
Sobre el altar las víctimas ardian:
á tu vista, y en torno á tí, veladas
de púdico crespon, las Druidesas
corona inmarcesible te formaban.
De pronto un huracan inesperado
la bóveda invadió con furia tanta,
que como núncio de celestes iras
le interpretó la multitud profana.
Menos turbado yo, volví los ojos,
y ví ¡dulce recuerdo! la encantada
faz de una de las vírgenes, que el viento
mostró á la luz del sol para humillarla.
Un solo instante fué; pero los dioses,
el rito religioso, tus palabras,
todo quedó borrado de mi vista,
que tan dulce espectáculo turbara...
y aunque con mano pronta se echó el velo,
seguí viendo su imágen en el alma!
NORMA. ¿Y amas sin esperar?
ARMEL. Amor no llames
aquel que necesita de esperanzas
para vivir: nacido de una idea
vírgen, y vírgen siempre, de la llama
que le produce se alimenta solo.
Desconocido al mismo que le causa,
sin buscar alegría ni mercedes,
crece con el dolor; y allá del alma
en el silencio, la virtud oculta
del sacrificio, dobla su constancia!

NORMA. ¡Oh digno hermano mio! Tú mereces
un premio, y le tendrás.
ARMEL. ¿Premio?
NORMA. Una grata
noticia voy á darte.—No es eterno
el lazo que te aleja de tu amada.
ARMEL. ¡Será verdad!... ¿Podria?...
NORMA. Sí: ser tuya.
ARMEL. ¿No te burlas de mí?
NORMA. Para librarla
sobra mi voluntad.
ARMEL. ¡Tanta delicia
un sueño debe ser!... Mas si no me ama....
NORMA. Nada temas.
ARMEL. ¡Oh Norma, el brazo mio,
mi vida, todo lo pondré á tus plantas!
(Se oye dentro otro golpe de címbalo.)
NORMA. De nuevo el sacro bronce, mis cuidados
viene á manifestarme. Tu profana
presencia, no está bien en este sitio.
ARMEL. Me alejo, pues.
NORMA. Refrénate y aguarda.
ARMEL. ¿Refrenarme!... No puedo.
NORMA. Para el hombre
todo es posible, Armel.
ARMEL. ¿Todo? Te engañas.
No conoces amor.
NORMA. ¡No le conozco!
¿Qué has osado decir? ¿Con qué mirada
el corazon de Norma penetraste?
¿Piensas que sólo se halla reservada
para tí esa pasion?... ¿ese delirio?—
¡Junta, si puedes, en contínua llama
los ardores del sol en el estío,
el fuego que el volcan al cielo lanza,
las hogueras terribles del Erebo,
y otras mil á los hombres ignoradas,
y no forman un fuego comparable
al que mi triste corazon abrasa!
ARMEL. ¡Norma!

NORMA. (Reponiéndose.)
¿Quién eres?... ¿Qué es lo que deseas?
ARMEL. ¡Cálmate!
NORMA. Estoy tranquila: ¿No reparas
que me sonrio?
ARMEL. ¡Tu sonrisa es hielo!
NORMA. Nada importa: parezco alegre y basta.
¡El sentimiento que detras se oculta
no le debe espiar la vista humana! (Váse.)

ESCENA IV.

ARMEL, despues TULO y RONAN.

ARMEL. ¡Qué entusiasmo! ¡Qué ardor! ¿Quién lo diria?
Pero su oferta mi ventura labra,
y si ha de ser un sueño, haced ¡Oh dioses,
que no cese jamás!
(Salen Tulo y Ronan por el fondo, recatándose y observando la escena cuidadosamente.)
TULO. (Señalando á Armel.) ¿Es él?
RONAN. Avanza.
TULO. Hay que ser cauto: espera.
ARMEL. Me parece
que alguien habló. (Volviéndose y viéndolos.)
Ronan... Tulo...
TULO. ¿Esperabas?
ARMEL. Aún no; pero decid.
TULO. ¿Te encuentras pronto?
ARMEL. Como siempre.—¿Qué nuevas de Aquitania,
¡oh Tulo?
TULO. ¡Odio al romano!
ARMEL. (A Ronan.) ¿Y de la Bélgica?
RONAN. ¡Odio eterno al romano!
ARMEL. Aquí en las Galias,
aunque se oculta, crece á cada instante.
(Suena dentro otro golpe de címbalo.)
¡La tercera señal!.. ¡Venid no vayan
á descubrirnos!
TULO. ¿Dónde nos veremos?

ARMEL. Escuchadme:—Midiendo la distancia
de un tiro de saeta, se halla un prado
que del Ligeri la corriente baña.
Cuando la noche venidera llegue
á su mitad, vereis en él anclada
una barquilla pronta á conduciros
á la cueva que sirve de morada
á mi padre, que el fuego de otros dias
conserva tras la nieve de las canas.
Yo, ménos sospechoso, iré por tierra
á reunirme con vosotros, y alta
empresa dispondremos.—¡Oh, Hena mia,
si he de alcanzarte, quiero que mi fama
nadie logre igualar! Nobles afectos
me animan: ¡Patria! ¡Amor! ¿Quién que en el alma
los llegue á reunir no será un héroe?—
¿Vendreis?

TULO Y RONAN. Sin vacilar.

ARMEL. Hasta mañana.

RONAN. A media noche.

TULO. Y á morir dispuestos.

ARMEL. ¡O á romper las cadenas de la patria! (Vánse.)

ESCENA V.

NORMA.

(Sale por el fondo demostrando en su semblante y miradas la indignacion de que se halla poseida.)

¡A media noche!... ¡Necios!—¿Hay alguna
cuya sombra os oculte á mis miradas?—
Yo sola reino aquí... ¡yo sola!... ¡Y todos
os teneis que humillar bajo mi planta!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de la gruta de Oroveso, cuyas paredes se hallan formadas por negras y punteagudas rocas. Hácia el foro una abertura, por la que se divisan las márgenes del rio Ligeri. A la derecha una espada sobre una gruesa piedra. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

POLION y OROVESO.

OROV. ¿Sobre tu mente enferma nada logran
la razon ni mis ruegos?
POLION. Es más grande
la fuerza del destino que me arrastra.
OROV. ¿Por qué quieres tan presto abandonarme?
POLION. Es preciso: además, ya de mi herida
curado estoy; mis miembros se hallan ágiles
y vigorosos á la par. Es fuerza
que siga mi camino.
OROV. ¿Y quién privarme
puede de que contigo le recorra?
POLION. ¿Quién? Te lo dije ya: los inmutables
decretos del destino.
OROV. ¿No comprendo
la causa que motiva tus afanes?
Los hijos todos de la Galia deben
á esclavitud y al ócio resignarse.

POLION. Distintos son nuestros caminos, tanto,
que ambos jamás en uno han de encontrarse.
OROV. ¿Cómo? ¿Hermanos no somos por ventura;
nuestra patria la misma? Incontrastables
vínculos formó siempre la desgracia
y el amor de la patria en los mortales.
POLION. Basta, mi anciano amigo: la memoria
de tu piedad, desinterés y afanes
para conmigo, guardaré por siempre
dentro del corazon; y si estallase
por fin la guerra contra Roma, espero
pagarte con usura en el combate.
OROV. ¿Tú?
POLION. Sí; mi espada evitará los golpes
contra tí dirigidos, y escudarte
prometo, si es preciso, con mi pecho...
Mas... déjame que parta en el instante.
OROV. Por más tiempo no quiero detenerte,
puesto que es tu deber el que á ausentarte
te obliga. Yo esperaba que en mi triste
y oscura soledad me acompañases.
Mas fué un engaño; una ilusion.
POLION. ¡Engaño!
¡Ah! no: sólo el deber...
OROV. Te creo: parte.
Mas, cuando ya de nieve coronada
veas tu frente ó de sufrir te canses,
á este retiro torna: en él, si he muerto,
la paz encontrarás, si vivo, un padre.
POLION. Quisiera darte nombre tan querido:
pero ¡ay! es imposible: de tus frases
grato recuerdo en mí vivirá siempre.
OROV. Marcha, pues es forzoso; pero antes
ven á mis brazos... mas ¡qué veo?... ¿dudas?
POLION. (Despues de un instante de vacilacion.)
Nunca, buen Oroveso, nunca; abrázame.
Un resto de respeto me detuvo
al contemplar tu aspecto venerable.
(Se abrazan.)

ESCENA II.

DICHOS y ARMEL.

ARMEL. Unidos cual vosotros ver quisiera
los que conmigo el yugo abominable
del esclavo soportan.
POLION. ¡Armel!
OROV. Hijo,
á tiempo llegas. Dentro de un instante
en triste soledad quedarme debo.
ARMEL. ¡Será posible?
POLION. Sí; que en otra parte
un deber imperioso mis cuidados
exije.
ARMEL. No es posible: otro, el más grande,
aquí te llama.
POLION. ¿Cual?
ARMEL. La patria.
OROV. Explícate.
ARMEL. Ah, padre mio, noche memorable
es esta, á la que dias de ventura
y gloria seguirán.
OROV. Adivinarte
pretendo en vano.
ARMEL. Entrambos hace tiempo
que conoceis los vergonzosos males
y miserias que oprimen nuestro pueblo,
desde el dia en que el águila implacable
de Roma, desde el Tíber tendió el vuelo
á las enhiestas cumbres de los Alpes.
¡Ay! el mundo otro tiempo estremecia
un titan con su aspecto formidable—
las Galias; hoy de su poder, ¿qué resta?
¡un desecado y tétrico cadaver!
OROV. (Con arrogancia.)
Te engañas: un leon, cuyos rugidos
estremecen al águila cobarde.
ARMEL. Mas su brio aprisionan las cadenas.

OROV. Tienes razon: es fuerza resignarse.
ARMEL. ¡Resignarse?... ¡jamás! luchar conviene.
Aquí no vine á recordar los males
que nos oprimen; otro fué mi intento.
OROV. ¿Qué pretendes?
ARMEL. Los hierros execrables
arrancar al leon.
OROV. Aún el momento
no ha llegado.
ARMEL. Tan sólo los cobardes
se resignan y esperan.
OROV. No; te engañas,
la prudencia es preciso que acompañe
al valor, si es que ver desvanecidos
como un sueño no quieres tus afanes.
Además ¿del destino los mandatos
por la boca de Norma no escuchaste?
ARMEL. ¡Harto en silencio la escuché! ¡ya es tiempo
de romper para siempre el yugo infame,
y demostrar que más que sus palabras
nuestros aceros y ardimiento valen!
POLION. Eres valiente pero incauto; esperas
de Norma á los decretos rebelarte
impunemente en vano: si no temes
su enojo, teme el de los dioses: sabes
que ellos la inspiran y olvidar sus órdenes
es contra el mismo cielo rebelarse.
ARMEL. ¿Y qué importa? Abandonan á su pueblo,
y entre cadenas dejan que se arrastre;
si su justicia olvidan, á él le cumple
ántes morir mil veces que entregarse
á sus verdugos.
OROV. Dice bien.
POLION. ¡Sacrílegos!
¿Aún osais sus decretos censurarles!
ARMEL. No en verdad; los respeto: mas su cólera
quiero mejor, que contemplar cobarde
manchada con el fango del esclavo
mi frente, que jamás se inclinó á nadie.
OROV. ¡Oh, hijo mio! Eres digno de otros tiempos

y otra suerte mejor, pero ¿qué planes
has podido formar, en qué los fundas?

ARMEL. Oid.

POLION. (Aparte.) ¿Qué va á decir?

ARMEL. Odio implacable
sabeis que todos en su pecho alientan
contra Roma, y que horrible sed de sangre
y de venganza nos devora: el peso
de las cadenas se hace insoportable
y romperlas es fuerza, aunque una tumba
abra á sus hijos como ingrata madre
esta tierra fatal.

OROV. ¡Noble ardimiento!
¿Más cómo realizar nuestros afanes?

ARMEL. Con las armas.

OROV. ¡Qué dices? ¡No comprendo!...

ARMEL. ¿Temblaria quizás mi anciano padre?

OROV. ¡Yo temblar! Si otro alguno que mi hijo
inferido me hubiese tal ultraje.
en el momento mismo. juro al cielo,
me le hubiera pagado con su sangre!
Habla y sepamos quién en tu propósito
se halla comprometido á secundarte.

ARMEL. Todos los que en las Galias fuerza tienen
para blandir un arma.

OROV. De tus frases
y tus proyectos convencerme anhelo.

ARMEL. De ellos prueba tendrás en breve instante.

OROV. ¡Será posible?

ARMEL. Sí; ¡rumor confuso
no oyes de remos que las ondas baten
del turbulento rio?
(Se dirige hácia el fondo.)

POLION. (Aparte.) ¡Apenas puedo
contener la explosion de mi coraje!

ARMEL. ¡Ya llegan! ¡ellos son! ¡Suprema dicha!
(Llamando.)
¡Tulo! ¡Ronan! á tierra.

POLION. (Aparte.) ¡Horrible trance!

ESCENA III.

DICHOS, TULO y RONAN, aparecen á la entrada de la gruta.

TULO. ¡Salud, hermanos mios!
RONAN. Honra y gloria
á los valientes galos.
OROV. Adelante.
ARMEL. Llegad, amigos: este noble anciano,
honor de los Druidas, es mi padre.
(A Oroveso.)
Y tú presentes de Aquitánia y Bélgica
tienes los mensajeros: ambos arden
en generoso fuego, y su proyecto
es que la libertad sus alas lance
desde el Ligeri al Mosa.
OROV. Noble empresa,
que espero realizar.
TULO. } ¿Cómo?
RONAN. }
OROV. Escuchadme.
En el campo enemigo fiesta á Baco,
como es costumbre, debe celebrarse
trascurridos tres dias, y á mi juicio
se presenta el momento favorable
para un ataque por sorpresa.
ARMEL. Es cierto.
TULO. Dices bien.
OROV. Cuando todos en infame
bacanal, nada teman, de improviso
caigan, cual tromba que arrebata el aire,
las tropas de Ronan y Tulo, á un tiempo
sobre el campo romano, y si intentasen
huir á la venganza, nuestras armas
en ellos saciarán su sed de sangre.
ARMEL. Segura es la victoria.
OROV. Nuestro jefe
serás.

ARMEL. No: conducirnos al combate
debes tú solamente.
POLION. (Aparte.) ¡Oh, rabia!
ARMEL. Anhelo
ver si en la lid tan fierro y arrogante
se nos muestra el procónsul.
POLION. (Con fiereza.) Nunca el rostro
torna al peligro ó ríndese cobarde.
ARMEL. ¿Le viste pelear?
POLION. (Disimulando.) En las riberas
del Mosa.
ARMEL. ¡Y su existencia respetaste?
¡Tardo eres en herir!
POLION. Pronto sabremos
quién tiene más valor ó es más cobarde.
Mas antes, ved que los romanos cuentan
con huestes numerosas.
ARMEL. ¡Quien combate
por la pátria, jamás sus enemigos
debe de enumerar sin vencer antes!
OROV. ¡Noble entusiasmo! ¡El cielo nuestras armas
proteja en el momento favorable!
Venga mi espada.
(Armel le dá la que hay colocada sobre una piedra.)
(Tomándola.) ¡Ah! Todos sobre ella
jurad...
POLION. (Interrumpiéndole.) Aguarda.
OROV. ¿Y bien?
POLION. En este instante
me es forzoso partir, pues que me llama
un sagrado deber en otra parte.
ARMEL. Ve pues: mas jura que al tercero dia
volverás.
POLION. Está bien: prometo hallarme
en la lid con vosotros. (Hace ademan de irse.)
OROV. Muerte, jura,
á los romanos y al procónsul antes.
POLION. Nunca espereis de mí tanta vileza.
OROV. ¡Qué osaste proferir!
TULO. Habla.

ARMEL. Esas frases
esplícanos al punto.

POLION. Lo repito;
vil es el plan que há poco meditasteis.
Salid al campo y en abierta liza
alcanzad la victoria; mas no manchen
vuestras manos jamás traicion horrenda
y un juramento de homicidio.

OROV. Sangre
del enemigo, al corazon es grata.

POLION. Más noble es la piedad.

ESCENA IV.

DICHOS, NORMA, aparece en el fondo.

NORMA. ¡Y amor más grande!

OROV. / ARMEL. } ¡Norma!

NORMA. Amor á la gloria y á la patria
jurad no más.—Há poco meditasteis
un proyecto en las sombras de la noche,
y yo tengo la luz que ha de aclararle.

OROV. A él oponerte intentarás en vano.

NORMA. ¡Oponerme? jamas, si es noble y grande.

OROV. ¿Será posible! ¿El cielo á nuestros ruegos
se presenta por fin más favorable?

NORMA. Nunca los dioses con desprecio miran
á los que sus decretos cumplir saben.
Implorad su favor con sacrificios
hasta que llegue el dia del combate.
Ahora que el alba asoma y á su aspecto
la oscura noche empieza á disiparse,
corred al templo todos, que al Oráculo
tengo que hablar en breve.—Id y esperadme.
(Aparte á Polion.)
Tú aguarda aquí.
(Oroveso, Armel, Tulo y Ronan, forman grupo á un lado de la escena hablando entre sí. Norma y Polion permanecen al otro.)

OROV. (A los suyos.) ¿Qué intenta? No comprendo
el orígen de cambio semejante.
ARMEL. Tampoco yo.
TULO. ¿Qué importa? En nuestra empresa
no debereis ceder aunque os lo mande.
ARMEL. Yo jamás.
TULO. ¿Lo jurais?
OROV. } Sí; lo juramos.
ARMEL. }
POLION. (A Norma.) ¿Qué es lo que quieres, Norma?
NORMA. Quiero hablarte.
POLION. ¿Ya qué me resta oir?
NORMA. Mucho.
OROV. (A Norma.) Hácia el templo
nos dirigimos.
NORMA. Id: marcho al instante.
(Oroveso, Armel, Tulo y Ronan vánse por el fondo.)

ESCENA V.

NORMA y POLION.

POLION. Habla: solos estamos.
NORMA. Ya conoces
su proyecto.
POLION. Y tambien tu miserable
falsedad y traicion.
NORMA. Basta: te engañas.
POLION. ¿De otra manera pueden explicarse
tus palabras?
NORMA. Sin duda.
POLION. No lo creo.
NORMA. Es más leal mi corazon amante
que el tuyo, ingrato. Aunque te hubiese visto
en contra mia secundar los planes
de mi enemigo, dirigir su diestra
contra mi corazon...
POLION. Sigue.
NORMA. Engañarme
siempre hubiera pensado

POLION. Mas...
NORMA. Prudente
no hubiera sido en el primer instante
oponerme á su plan: el tiempo al cabo
logrará, con mi ayuda, que fracase.
Confía en mi cariño: ¿qué imposibles
no realicé y haré para salvarte,
si eres la luz, el aire que respiro,
y sin tu amor mi vida insoportable?
POLION. ¿Piensas domar sus iras?
NORMA. Estoy cierta.
Inútilmente intentarán librarse
á mi poder irresistible: harto
conozco mi prestigio y lo que valen.
Armel, el más ardiente y atrevido
de todos ellos, tiene que humillarse
ante mí, porque se halla entre mis manos
de su inesperto corazon la llave.
POLION. No comprendo...
NORMA. De mí pende su dicha.
Al fuego ardiente del amor se abre
su alma por vez primera sin recelo,
que una doncella hermosa, al par que amante,
exaltó su fogosa fantasía,
y del destino el fallo impenetrable
la puso en mi poder.
POLION. ¿Cómo?
NORMA. Es Ministra
de nuestros dioses.
POLION. (Aparte.) ¡Cielos! (Alto.) Mas...
NORMA. Robarle
puedo el bien que ambiciona.
POLION. ¿Y tú?
NORMA. Su dicha
colmaré en breve, pues mañana, antes
de trasponerse el sol, romperé el voto
que hasta aquí con poder incontrastable
al ara la sujeta, y en los brazos
la entregaré de su feliz amante.
POLION. ¡Mañana!!!

NORMA. Sí; ¿pero por qué tu rostro
se turba?

POLION. ¡Ah, no: te engañas!... ¿yo turbarme?...
¿y por qué?... Pero dime: ¿está en tu mano
un voto proferido en los altares
destruir para siempre?

NORMA. Sí.

POLION. ¡Tu hermano
es ¡ay! el más feliz de los mortales!

NORMA. ¿Su dicha envidias?

POLION. No: ¿más esa jóven
cómo se llama?

NORMA. (Con intencion muy marcada.) ¡Qué oigo! ¿Interesarte
puede acaso su nombre?

POLION. Fué tan solo
mera curiosidad. ¿Qué objeto grave
pudiera motivarla?

NORMA. Escucha atento·
Su nombre voy al punto á revelarte.
Se llama...

POLION. (Interrumpiéndola.)
Y bien, acaba.

NORMA. (Con intencion.) Hena es su nombre.

POLION. ¡Hena!

NORMA. (Con severidad.) Polion, tú tiemblas: si engañarme
pretendes, es inútil. Saber quiero
por qué ese nombre te extremece, ¡infame!

POLION. ¡Norma! basta... me ofendes sin motivo.
Esta emocion involuntaria nace
de que la muerte de mi dulce hermana
trajeron á mi mente hace un instante
tus frases.

NORMA. ¡Una hermana?

POLION. Al recordarla
sentí mi corazon despedazarse.

NORMA. ¡Será cierto?

POLION. ¿Y lo dudas? ¿Qué sospechas
abrigas?

NORMA. ¡Yo?... ninguna: mas en balde
te afanas. ¿A qué fin tu labio incierto

trata de formular con torpes frases
una disculpa inútil?

POLION. Norma; enfrena
ese celoso ardor; ¿qué falsedades
en mí suponer puedes; qué sospechas
vienen de nuevo el pecho á destrozarte?
¿No tienes fe ya en mí?

NORMA. ¡Fe!... la tenia
y áun codició á su luz mágica y suave
adormecer mi espíritu. Tus ojos
fija en los mios; ¡ah! no los apartes,
y díme si al mirarme frente á frente
teme ó vacila el corazon cobarde.

POLION. Ya lo estás viendo; te contemplo en calma.

NORMA. ¡Ah, respiro!

POLION. Tú sí que en este instante
demuestras en la voz y en las miradas
una emocion febril é inexplicable.
¿Qué te sucede, dí?

NORMA. ¿Saberlo quieres?
pues escucha: del pecho arrebatarme
para siempre la paz, logró de un sueño
el recuerdo fatal, la horrenda imágen.

POLION. ¡Desvaríos!

NORMA. ¡Ah! no: tambien á veces
un presagio se encierra irrecusable
entre las sombras de ardoroso ensueño.

POLION. Refiéremele, pues.

NORMA. Escucha. Un valle
soñé que aparecia ante mi vista,
que el Abril con su próvido follaje
esmaltaba doquier, y que en las hojas
esparcian su aroma dulce y suave
los jazmines y cándidas violetas,
como emblemas de amor puro y constante.
Entre cipreses y olorosos cedros
deslizaba sus líquidos cristales,
un jugueton y trasparente arroyo
con murmullo de amor, tierno, incesante;
y en plácido coloquio entretenidos

dos jóvenes se hallaban á su márgen.
Ella, altiva y hermosa: en sus pupilas,
en su rubio cabello, en su semblante,
víase que las Gracias á porfía
de su poder hicieron rico alarde.
Sobre el hombro la pálida cabeza
posar dejaba del feliz amante,
y en él clavados los ardientes ojos
un suspiro de amor, dulce, inefable,
se escapó de su labio.—Mas de pronto
un rumor se escuchó, y entre el ramaje
de dos silvestres mirtos, una jóven
miré salir con paso vacilante.
Aérea ninfa ó diosa parecia:
suelto el cabello; cual la nieve, al aire
mal encubierto el seno, se ostentaba
entre los blancos pliegues del ropaje:
grato aroma de rosa se esparcia
á su paso doquier, y leve, suave,
un canto se escapaba de sus labios
como de arpa nocturna el eco amante.
—El jóven, al rumor, abrió los ojos,
y fascinado al ver tan dulce imágen
tras ella echó, dejando en la amargura
á la que fué hasta allí dichosa amante.
Ésta, al ingrato, con su voz doliente
llamó tres veces... pero en vano; el aire
siempre rompia el eco de sus quejas...
y al fin, yendo en su busca, halló al infame
de la rival traidora ante las plantas,
¡jurándola su amor tierno y constante!
¡Ay! á su vista la infeliz, el seno
sintió con amargura desgarrarse
por los celos, la rabia, la tristeza,
y cuantas penas y dolores caben
en los antros profundos del Averno:
y á los piés de su amante prosternándose
con lágrimas ardientes y suspiros
conmoverle intentó, mas... siempre en balde.
Evocó mil recuerdos amorosos;

sus sacrificios, su pasion constante;
hasta el amor paterno... ¡empeño vano!
todo fué inútil.—De repente alzándose
con sonrisa fatídica, y vertiendo
llamas sus ojos de furor salvaje,
un agudo puñal clavé con rabia...

POLION. ¡Tú!

NORMA. ¿Quién? ¿Yo? No: la desdichada amante.

POLION. ¡Ah! ¡basta por piedad!

NORMA. ¿Tiemblas?

POLION. Sí, Norma.
Me causa horror tu ensueño.

NORMA. Al despertarme
mayor fué el mio aún, pues ví patente
presagio en él de lágrimas y sangre.

POLION. De tu memoria arráncale.

NORMA. Imposible;
esculpidas con fuego sus imágenes
veo siempre en mi mente. Mas... escucha:
si por acaso fueras tú el infame
que en mi delirio viera, y yo...

POLION. Detente:
¿qué es lo que dices?

NORMA. De pensarlo late
mi corazon celoso: ¡ah! de su furia
y de su encono vengativo guárdate!...
guárdate!...

POLION. Sale el sol.

NORMA. Sí. Me olvidaba
que en el templo me esperan.

POLION. Ausentarme
debo tambien: adios.

NORMA. Mañana espero
verte.

POLION. Sin duda. (Aparte.) ¿Y ha de realizarse
el fatal himeneo?

NORMA. No te olvides
de que te adora Norma como nadie.

POLION. Fia en mi amor. Adios.

NORMA. La muerte sólo

puede mi corazon arrebatarte.
(Váse Polion por el fondo. Norma le sigue con la vista como preocupada por una idea fija que la atormenta.)

ESCENA VI.

NORMA.

(Con acento resuelto y misterioso.)
¡Hena!... ¡Polion!... Sus nombres en mi mente
se agitan sin cesar. ¿Si me engañasen?
¿Si me hiciesen traicion? ¡ah, juro entonces
apagar mi venganza con su sangre! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Interior del templo, en medio de la selva sagrada. El teatro representa un semicírculo, formado por grandes arcos y columnas, á traves de las cuales se ven las encinas y el sol saliente.

ESCENA PRIMERA.

HENA.

No me atrevo á creerlo, sin embargo
de haberlo oido.—«Tu pasion secreta
y su objeto conozco; mas confía,
que yo desatar puedo tus promesas.»—
Así me ha dicho Norma. ¿De qué modo
lo ha llegado á saber? Si la reserva
que anhelaba Polion debió extenderse,
con más motivo que á ninguno á ella,
¿quién se lo ha revelado?... Tal misterio
no alcanzo á descifrar.—Mas ya se acerca
el momente dichoso, y aunque alegre
el impaciente corazon desea
realizar su esperanza, me consume
un inquieto temor... No sé si deba
contemplarme feliz ó desgraciada...
Alguien viene: me alejo.

ESCENA II.

HENA y ARMEL.

ARMEL. ¿Temes, Hena?
¿Me abandonas así, cuando en tu busca

vengo lleno de amor?

HENA. ¡Señor!

ARMEL. No es esa
la palabra querida de un esposo.

HENA. (Con asombro.)
¡Cómo!

ARMEL. El canto nupcial los aires llena,
arden ya las antorchas ante el ara,
y el pueblo todo tu llegada espera.
Ven á cumplir el rito... Mas... ¡qué veo!
¿Te callas?... ¿Palideces?

HENA. (Aparte.) ¡Cielo, es esta
una atroz pesadilla!

ARMEL. ¿Nada dices
para calmar mi afan?

HENA. ¡Por piedad... deja
á esta desventurada!

ARMEL. (Con dolor.) ¡Qué pretendes!...
¿Que te deje?... ¡Imposible!

HENA. La sorpresa
me prohibe explicarme; mas te ruego
por todo lo que adores en la tierra,
que olvides tu cariño.—Al ara unida
debo quedarme.

ARMEL. (Tranquilizándose.) Tu rigor desecha
si solo nace de eso.—¿Viste á Norma?

HENA. (Turbada.)
Sí... la ví...

ARMEL. ¿No te habló?

HENA. Me habló...

ARMEL. ¿Promesa
no te dió de romper tus juramentos?

HENA. Tambien...

ARMEL. ¿Entonces?...

HENA. El deber me ordena
mantenerlos constante.

ARMEL. ¡Tú deliras!

HENA. No... no deliro.

ARMEL. ¡Mi razon se ciega!
¿Mentías cuando á Norma confesaste

que me amabas?

HENA. Armel, jamás mi lengua
dijo tal.

ARMEL. ¡Ah cruel! ¿Por qué burlarte
de mi pasion? ¿Por qué esperanzas necias
en mi pecho infundiste?

HENA. Fué un engaño
de que soy inocente, y que quisiera
remediar con mi vida.

ARMEL. ¡Desdichado!
A esta duda prefiero la certeza:
¿no me amas, pues?

HENA. Amarte es imposible.

ARMEL. ¡Imposible! ¿Amas á otro?... ¿Dí?

ESCENA III.

DICHOS: NORMA.

(Norma se adelanta hasta colocarse entre los dos.)

NORMA. (A Hena.) ¡Contesta!

HENA. ¡Oh dioses! ¡Destruida mi esperanza
á vosotros me vuelvo!

NORMA. ¿Por qué tiemblas
y sigues silenciosa?

HENA. Nada tengo
que responder á tus palabras.

NORMA. ¿Era
otro tu amante?

HENA. ¡Por piedad!... Al ara
pertenecen mis votos, y contenta
seguiré sepultada en el olvido...
¿qué más quieres de mí?—La humana fuerza
no logrará arrancarme de su lado.
Corro á implorarla...

NORMA. Tente. (A Armel.)
A solas deja
que la interrogue: todo lo sabremos.

ARMEL. ¡No me ama, Norma! ¡Mi alegría es muerta!
(Váse Armel.)

ESCENA IV.

NORMA y HENA.

NORMA. Solas estamos: habla libremente.
HENA. Nada te oculto.
NORMA. Si engañarme piensas
abrigas un error. Sabes que dentro
de tu pecho he leido; y aunque artera,
para ocultarme tu pasion, dijiste
que adorabas á Armel...
HENA. Norma, recuerda
que no lo dije yo.
NORMA. Dejaste al ménos
que mi engañado celo lo creyera.
HENA. Nadie tu mente á comprender alcanza.
NORMA. Pues bien, ya que lo sabes, sin reserva
designa el hombre que amas en secreto.
HENA. ¡Jamás!
NORMA. ¿Resistes?...
HENA. Sí.
NORMA. ¿La ira tremenda
de Norma, no te asusta?
HENA. No.
NORMA. ¿Qué escucho!
¿Es locura ó audacia? Mas serena
quiero permanecer. Como á una hija
te ama mi corazon, y sólo anhela
hacerte venturosa. Ya lo has visto.
A darte libertad me hallé dispuesta
y entregarte á mi hermano; ¿no podría
tus votos quebrantar de igual manera
amando á otro? La verdad descubre
que en tu seno se esconde. ¿Mi sospecha
es exacta?
HENA. Negarlo fuera en vano
cuando tal vez mis ojos lo revelan.
NORMA. ¿Cuál es su nombre?
HENA. No me lo preguntes.

NORMA. ¿Ha nacido en las Galias?
HENA. Más respuesta
no lograrás de mí.
NORMA. (Con voz alterada.) ¡Cómo!... ¿Extranjero
será quizás?
HENA. ¡Tu conmocion me aterra!
NORMA. ¡Mi conmocion!... No tal: estoy tranquila.
(Aparte.) Deseo y temo á un tiempo la evidencia.
(Alto.) ¿Extranjero es el hombre á quien adoras?
HENA. Sí; extranjero.
NORMA. (Con arrebato.) ¿Romano?...
HENA. (Asustada.) ¡Qué violencia!
NORMA. Habla... ¿es romano?
HENA. ¡Oh, Norma, tus miradas
mi voz extinguen y mi aliento hielan!
NORMA. (Reponiéndose.)
¿Por qué?... Mírame en calma... Hasta sonrío
si tu lo quieres... ¡pero no me vendas!
¿Es romano?... Saberlo necesito.
¿Es romano?... Responde. ¿Te recrea
mi horrible sufrimiento?... ¿No conoces
que pende de tu dicho mi existencia?...
¿No adivinas mis dudas?... ¿y no sabes
que esta agonía mi razon altera?...
HENA. ¡Desdichada de mí! ¿quién me socorre?
NORMA. Todo al instante y sin mentir revela.
HENA. (Vacilando.)
¡Romano!...
NORMA. (Impaciente.) ¡Lo temía!...
HENA. (Aterrada.) No... no, cálmate.
NORMA. El rubor te desmiente, y la torpeza
de tus palabras.—Cual la patria, dime
su nombre ahora.
HENA. ¡Por piedad!... La lengua
arráncame primero.
NORMA. ¡El nombre... el nombre!
HENA. ¡Jamás!
NORMA. Lo exijo por la vez postrera.
¿Cómo se llama?
HENA. ¡Mátame si quieres,

mas no esperes saberlo!

NORMA. (En el colmo de la ira.) ¿Mi fiereza
no conoces?... Su nombre has de decirme
á tu pesar.
(La sujeta ambas manos y fija en ella los ojos de una manera fascinadora.)

HENA. ¡Oh dioses! ¡cuál me aterra
esa mirada fija... inextinguible!...
Aléjate de mí... ¡No tu clemencia
niegues á mis plegarias, ó á tu vista
me verás perecer! (Cae de rodillas.)

NORMA. ¡Débil gacela!
¿Por qué de la leona del desierto
ha irritado el furor tu resistencia?
En mi poder estás. Díme, ¿es el que amas
el procónsul de Roma?

HENA. (Sobresaltada.) No.

NORMA. ¿Aún lo niegas,
cuando esa turbacion te está vendiendo?

HENA. Es hija del temor... de mi flaqueza!...

NORMA. (Como inspirada por una idea y con exaltacion creciente.)
Pues bien, si no es Polion á quien adoras,
ven conmigo al altar y al Númen ruega
que en la próxima lucha que ha de abrirse
ese tirano de las Galias muera.

HENA. ¡Imposible!

NORMA. (Con interés.)
¿Prefieres que triunfante
siga cual hoy?

HENA. ¡Oh, Norma, su existencia
quiero salvar á costa de la mia!

NORMA. Luego era él... ¡Oh rabia! Alguien se acerca...
Disimula.
(En este momento se presenta en el fondo Polion, vestido de procónsul.)

HENA. (Sin poder contenerse.)
¡Polion!

ESCENA V.

DICHAS, POLION.

NORMA. ¡Ah! (Momento de pausa.
Ven. Te aguardan.
POLION. ¡Norma!...
NORMA. ¡Traidor! ¿Tu labio no se quema
al pronunciar mi nombre? Sé sincero:
¿á cuál buscabas de las dos?
POLION. No acierta
mi mente á comprender esa pregunta.
NORMA. ¿No la comprendes, pérfido? ¿Y tú llegas
á difundir la luz entre nosotros?...
¿á corregir nuestra barbarie?... Si esta
la doblez nos impide y el engaño,
es preferible á las maldades vuestras!
POLION. ¡Deliras!
HENA. ¿Qué descubren esas frases?
NORMA. (A Hena.) ¿No has visto nunca deslizarse artera
la serpiente entre flores, ó en la noche
cadáveres buscar la inmunda hiena?...
Fíjate en él... Un monstruo más terrible
tienes ante la vista.—Su presencia
evita cuidadosa, aunque te halague
de su sonrisa la infantil franqueza...
No acerques á tus labios confiada
la copa que te ofrece... échala á tierra,
porque guarda un licor, grato al principio,
que veneno letal vierte en las venas!
POLION. ¡Norma!
NORMA. (Con resolucion.) Parte. Cumpliste tus deseos.
Vendidas é infelices ya nos dejas:
nada tienes que hacer.—Vete.
POLION. ¿Qué parta
y deje en tu poder la amada estrella
que me dirige!...
NORMA. ¡Amada!... ¿Así lo dices?...
¡y á mí!—Parte, Polion: que no te vea...

que no te escuche al ménos. ¡Ya conoces
mi cariño... mis odios no comprendas!

POLION. (A Hena.) ¿Me odias tú?

NORMA. ¿Qué pretende?

HENA. Vete, ingrato:
ya de mis ojos se cayó la venda.

POLION. No me juzgues traidor.

NORMA. ¡Es demasiado!
Tirano de las Galias, de la guerra
el oculto furor, arde incesante,
y muy pronto...

POLION. Mi orgullo la desea.

NORMA. Te creo; que si en ella te distingues
como en la falsedad, no hay en la tierra
un héroe más digno. Pero en breve
destruida verás tu prepotencia.
Si no eres un cobarde, vuelve al campo
sin tardanza: mi voz te lo aconseja.

POLION. ¡Un cobarde!... ¿qué dices? Al combate
puede lanzarse armada Galia entera,
que no la temo. Vuelo al campamento;
más pronto habeis de verme. (En actitud de partir.)

HENA. (Sin poder contenerse.) ¡Polion!

POLION. (Volviendo.) ¡Hena!

NORMA. Detente.

POLION. Ten piedad de sus dolores...

NORMA. ¿Yo piedad?... ¡que los númenes la tengan!

POLION. (Queriendo socorrer á Hena.)
¡Mírala... desfallece!...

NORMA. (A Hena.) Oculta el llanto.
Alejaos de aquí: ¡Norma lo ordena!
(Vánse los dos por lados opuestos.)

ESCENA VI.

NORMA, despues OROVESO, ARMEL, TULO, RONAN,
GUERREROS Y PUEBLO.

NORMA. (Arrebatada por la desesperacion.)
¡Ahora te invoco, Némesis... terrible

divinidad que mi dolor consuelas!
Sal del Averno, y un helado beso
deposita en mis labios, que en mis venas
destile el fuego que en las tuyas arde!
¡Morir, sí... más vengarse el pecho anhela!
(Da un golpe en el escudo y entran todos.)

OROV. Norma...

ARMEL. El bronce sonó; ¿qué es lo que quieres?

OROV. ¿Ha hablado el Númen?

NORMA. (Con solemnidad.) ¡Sí!

OROV. ¿Qué manda?

NORMA. (Id.) ¡Guerra!

TULO. ¡Por fin!...

ARMEL. ¡Dichoso dia!

NORMA. (A Oroveso.) El himno entona
de libertad.

OROV. (Colocándose en el centro.) Oidle, y grato os sea.
A vosotros, guerreros generosos
de Galia, me dirijo; alzad la frente
y empuñad los aceros poderosos,
que el sol de la venganza arde en Oriente.
No permita el honor brazos ociosos;
avanzad cual las aguas de un torrente;
y al mundo que contempla tal portento
decidle airados con terrible acento:

NORMA. (Baja de las gradas del ara, y dice interrumpiéndole.)
Decidle que agotada la paciencia
odio respiran ya los corazones;
que la dulzura se tornó violencia
al soplo de famélicas pasiones;
que vais á conquistar la independencia
y á hollar del extranjero los pendones,
lavando con su sangre vergonzosa
de vuestra esclavitud la mancha odiosa!
Decídselo: y sus haces destrozadas
huellen hasta la mar vuestros corceles,
causando á las romanas consternadas
de la duda las lágrimas crueles.
¡Truequen en este dia las espadas
nuestros antiguos hierros en laureles,

y los ayes de muerte y de agonía
llenen de regocijo el alma mia!

OROV. ¡Oh sobrehumano ardor!

TULO. ¡Oh dulce acento!

ARMEL. ¡Sus inspirados ecos me recrean!

NORMA. (Con acento de inspiracion.)

Del mundo desprendida, cual ráudo torbellino,
me siento en el espacio del viento arrebatar,
y á la luz vagarosa del rayo matutino
la Creacion entera veo ante mí girar.
Detiénense mis ojos sobre el amado suelo
de las antiguas Galias, contemplando su ardor.
En ellas, arrastrados por misterioso vuelo,
sus hijos á las armas acuden con valor.
Su pecho no vacila: su fe no se detiene;
y el eco de la guerra se escucha resonar,
del Ródano al Mosela, de Bélgica al Pirene,
sobre los altos montes y el espumante mar.
Dos huestes numerosas que ardiendo están en ira,
pueblan de la llanura la vasta soledad;
á una, la odiosa llama de la ambicion la inspira,
á otra, los santos nombres de patria y libertad.
Empéñase el combate; dudosa es la victoria;
la muerte sácia en sangre su indómito furor;
mas ¡ah! de la venganza sonó el plazo en la historia
y los romanos huyen con pánico terror.
En vano de su jefe la heróica bravura
disputa palmo á palmo el bélico laurel;
en vano á cada golpe abre una sepultura:
¡inútiles hazañas, ya solo lidia él!
El número le agobia; su diestra no resiste,
vencido, abandonado, dispónese á morir...
¡Tened! Del alto cielo la proteccion le asiste:
¡maldito de los dioses el que le llegue á herir!

ARMEL. ¿Qué dices Norma?

NORMA. (Casi delirante.) ¡Yo seré su escudo!

OROV. Es sacro á la deidad.

ARMEL. ¡Fatal reserva!

NORMA. (Reponiéndose al oir un toque de trompa.)

¿Escuchais la señal de la batalla?

El romano os insulta. ¡A la pelea!

OROV. Corramos á la lid: al campo.

TODOS. ¡Al campo!

NORMA. Tulo, en la sangre de los hijos piensa:
tú Ronan, en la casa destruida;
tú padre, sabe que tu huésped era...

OROV. ¿Quién?

NORMA. El mismo Polion, que se burlaba
de tí. Y tú hermano con dolor recuerda
el despreciado amor.

ARMEL. ¿Por qué?

NORMA. El procónsul
es tu rival.

ARMEL. ¡Oh Dios!

TODOS. ¡Venganza y guerra!

(Vánse todos levantando las espadas.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

NORMA.

(Aparece sentada en las gradas del ara.)
Un nuevo sol nos ilumina, y nada
se sabe del combate. ¡Los tormentos
de la duda me ahogan!—¡Oh, dichoso
el que lidiando, en el eterno sueño
ha encontrado descanso; yo le envidio
y odio la suerte que me guarda el cielo!
¡Polion!... mira mi mal; mírale y gózate!...
¿Gozarte?... No; jamás, ¡mientras aliento
conserve el alma mia!—Si es preciso
me cambiaré en mortífero veneno
que tu dicha emponzoñe: en una llama
inextinguible, que tu sangre y huesos
abrase lentamente, y vengadora
te haga probar este dolor inmenso...
¡desesperado!... ¡que sin darme muerte
trueca mi vida en un morir eterno!

ESCENA II.

NORMA, OROVESO y ARMEL.

OROV. ¡Hija!
ARMEL. ¡Hermana!

NORMA. ¿Quién es? (Volviéndose.)
¡Ah! Sois vosotros.
¿Vencidos ó triunfantes?

OROV. El contento
que nos anima te responda.

ARMEL. Nunca
á la derrota resistido hubiéramos.

NORMA. ¿Y Polion?

OROV. Nuestra ardiente acometida
resistió valeroso con empeño.
Sus golpes inmolaban como el rayo
mil víctimas do quier, y en lo más récio
de la pelea, se encontraba siempre
despreciando peligros. A su ejemplo
aumentaba el ardor de los romanos
que le seguian...

NORMA. Pero al cabo...

ARMEL. Viendo
el estrago, acudimos á evitarle
mi padre y yo. La flor de los guerreros
marchaba con nosotros, al procónsul
buscando con patriótico ardimiento.
Cada golpe una herida; cada herida
una muerte causaba; hasta que cierto
ya de su perdicion, arrojó el casco
y el escudo: partió el inútil hierro
en dos pedazos: como el tigre herido
un rujido de rábia lanzó al cielo,
y se precipitó sobre las puntas
de nuestras lanzas.

NORMA. ¡Ah!

OROV. Pero al recuerdo
de tus palabras: «Respetad su vida»
grité, «que sólo pertenece al templo;»
y mi voz los contuvo.

NORMA. ¿Luego vive?

OROV. Vive.

NORMA. ¿Dónde se encuentra?

OROV. Aquí muy presto,
Tulo y Ronan, como botin precioso

le deben conducir, que por sendero
mas corto hemos venido.

NORMA. (Aparte.) ¡Vive... vive,
y verle puedo aún!

ARMEL. Norma, del hierro
sagrado arma tu diestra.

NORMA. ¿Qué pretendes?
¿Leyes dictar á Norma? ¿Consejero
ser de lo que conviene? En mí tan sólo
su voluntad los dioses han impreso...
¡y si víctima piden sabré dársela!

OROV. Clamor de voces y armas oir creo.
(Mirando dentro.)
¡Ah! sí, no me engañaba.

ARMEL. ¿Vienen?

OROV. Mira.

ARMEL. Ellos son... ellos son...

NORMA. (Aparte.) ¡Volveré á verlo!

OROV. Ya están aquí.

NORMA. (Aparte.) ¡Con ímpetu salvaje
me late el corazon dentro del pecho!

ESCENA III.

DICHOS, TULO, RONAN y POLION cercado de soldados.

OROV. Venid: con impaciencia os esperamos.

NORMA. (Aparte.)
Héle ahí... ¡Me desprecia!... Mas no puedo
odiarle todavía, y á su vista
se extremece mi sér.

TULO. Libres volvemos
á tu presencia, ¡oh, Norma! y si otra prenda
del triunfo arrebatado al extranjero
no te podemos dar, ahí tienes esa. (Señalando á Polion.)
(Con ironía.) ¡El invencible jefe está entre hierros!

POLION. Sigue, guerrero generoso. ¡Es noble
insultar al leon, cuando indefenso
se le encuentra!

OROV. Cesad. Ya está vencido,
y eso basta. Los Númenes severos
es preciso aplacar. Hiérele. (A Norma.)

POLION. (A Norma.) Inerme
á tu puñal mi corazon ofrezco.
Arráncame la vida, y ese golpe
dará de tu piedad humano ejemplo,
que despues del baldon de una derrota
la muerte nada más presta consuelo.

OROV. Hiérele, pues.
(Norma levanta maquinalmente el puñal, y da hácia Polion algunos pasos inciertos y vacilantes; de pronto se detiene y retrocede.)
¿Tú tiemblas?

POLION. Permitidme
que antes de sucumbir la hable un momento.

NORMA. (Con alegría.)
¡Quiere hablarme!... (A los demás.)
Dejadnos.

OROV. Sé concisa.

NORMA. En breve morirá: yo lo prometo. (Vánse todos.)

ESCENA IV.

NORMA y POLION.

NORMA. (Despues de una breve pausa.)
Habla.

POLION. No es el temor de airada muerte,
ni el mendigar con afrentoso ruego
tu piedad, lo que me hizo este retraso
pedir.

NORMA. ¿Qué es, pues?

POLION. ¡Oh, Norma! El alba el cielo
alumbraba al marcharme, y aún es dia
cuando te vuelvo á ver: ¡en ese tiempo,
terribles obras se han cumplido!...

NORMA. Sigue.

POLION. Sola no te dejé...

NORMA. Concluye.

POLION. Temo
que otra mujer...
NORMA. ¡Aún ella!
POLION. No: ninguna
me ocupa ya. La tierra como un sueño
veo desvanecerse; mas quisiera
saber si vive, ó si tu mano...
NORMA Entiendo.
¿Temes que mi furor me arrebatara?...
¡y temes con razon!
POLION. ¿Qué hiciste?... ¡Oh cielo!
NORMA. Más de una vez me dominó la idea
de asesinarla.
POLION. ¿Pero vive?
NORMA. Creo
que sí.
POLION. Respiro.—Hiere ahora.
NORMA. (Despues de una breve pausa.) ¿Nada
deseas ya?
POLION. No; nada. El golpe espero.
NORMA. ¡Oh corazon de tigre! ¿Y no recuerdas
dos inocentes que el tranquilo sueño
duermen de la niñez?
POLION. ¡Tus hijos!...
NORMA. ¡Bárbaro!...
¡sí... mis hijos! En hombres con el tiempo
los veré convertidos; y á sus dudas,
¿cómo he de responder? ¿Callas y al suelo
bajas los ojos? Alzalos si puedes
y fíjalos en mí... (Con tono misterioso.)
Su afan tremendo
es forzoso evitar
POLION. Norma, ¿qué dices?
Tu semblante extraviado... los siniestros
rayos de tu mirada, me fascinan
y revelan feroces pensamientos.
NORMA. ¡Pensamientos de sangre!
POLION. ¡Desdichada!
NORMA. ¡Terribles cual las sombras del Averno!
POLION. ¡Calla: no tienes corazon de madre!

NORMA. ¿Y es el tuyo de padre, dí, perverso?
Basta de quejas. Oye. Tus agravios
aún puedes conocer, y yo les puedo
conceder mi perdon. Dí que á esa odiosa
rival—su nombre recordar no quiero...
mas tú le sabes—dí que no la amaste
ni la amarás jamás: dí que tu afecto
fué sólo una ilusion, un extravío
de la mente engañada; ¡dí que ciego
te dejaste arrastrar... lo que tú quieras
para calmar mis horrorosos celos,
y te amaré otra vez, y seré madre,
y vida y libertad tendrás á un tiempo!

POLION. Norma, ni sé mentir, ni la existencia
he de comprar á tan infame precio.

NORMA. ¿Y prefieres la muerte!...

POLION. No me queda
otro recurso.

NORMA. Sí. Del patrio suelo
la dulce perspectiva y los placeres.
La patria, el padre y el hermano, dejo
para seguir tu suerte... Hasta la fama,
esa preciosa joya, único anhelo
de la mujer que su virtud estima,
¡hasta la fama por tu amor desprecio!

POLION. ¡Cállate, ó no resisto!

NORMA. A mi cariño
vuelve, Polion. De hinojos en el suelo,
y doblegada la orgullosa frente
que nunca se inclinó, ¡yo te lo ruego!

POLION. Alza. ¡Sobrado te ofendí!

NORMA. Repare
tu conducta el olvido.

POLION. No merezco
el perdon.

NORMA. Ya le tienes si me dices
que me adoras.

POLION. (Con expansion.) Sí, Norma; yo... (En el momento que va á decir «yo te amo,» sale Hena por la izquierda: al verla Polion se detiene y exclama:) ¡Qué veo!

ESCENA V.

DICHOS: HENA.

NORMA. (Viendo á Hena se levanta con ira.)
¡Ella!... ¿Qué quieres?
HENA. Al altar venia
mis votos á ofrecer; mas si te ofendo...
NORMA. Sí, parte.
POLION. ¡Ah! No.
NORMA. ¡Polion!... ¿Por qué te opones?
Deja que se retire.
POLION. (Con resolucion.) Nunca.
NORMA. ¿Es cierto
lo que diciendo estás?... ¿lo que yo escucho?
POLION. Todo es en vano. Llámame protervo,
traidor, perjuro... ¡Amarla es mi destino,
y siempre la amaré!
NORMA. ¡Golpe tremendo!
¡Desengaño fatal!... Todo se acaba
ya para mí!
POLION. Destiérrame del pecho.
NORMA. ¡Si pudiera!!
HENA. No quiero ser dichosa
á costa de tu llanto. Yo te cedo
su amor.
NORMA. ¡Tú me le cedes! ¿Y sin duda
piensas que deberia agradecértelo?
¿Ignoras mi altivez? Amor no abrigo:
¡á él le odio; y á tí, imbécil, te desprecio!
El infierno está en mí. ¡Maldito sea
el conyugal amor de que procedo!
¡Maldita sea la tranquila cuna
en que gocé los infantiles sueños!
¡Malditos sean los injustos dioses
que permiten mi bárbaro tormento!
¡Maldito el dia en que te ví, y la hora
en que amarte pensé!
POLION. No así del cielo

llames la indignacion sobre tu frente.

NORMA. (A Polion.) Pero tú morirás.

HENA. (Suplicante.) ¡Norma!...

NORMA. (A Hena.) Y tú luego.

POLION. ¿Qué dices? Morir ella; ¿por qué causa?

NORMA. Porque tú la has amado, y yo lo quiero.

POLION. ¡Ah! ¡piedad!

NORMA. Tus plegarias son funestas.
(Llamando desde el foro.)
Padre... hermano: venid. Llegó el momento.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, OROVESO, TULO, RONAN, ARMEL,
GUERREROS y PUEBLO.

OROV. ¿Es hora ya del sacrificio?

NORMA. Es hora.

OROV. ¿El puñal?

NORMA. (Blandiéndole.)
En mi mano se halla presto.

OROV. ¿La víctima?

NORMA. Dispuesta.
(Tomándole de la mano y llevándole aparte.)
Oyeme, padre:
si una sacerdotisa, el juramento
hubiese roto, y entregado á un hombre
su amor, ¿qué pena mereciese el hecho?

OROV. La muerte.

NORMA. ¿Y si al morir, á tí volviera
los tristes ojos, y en el lance extremo
te encargara sus hijos?...

OROV. ¿A mí?...

NORMA. Díme,
¿qué la responderias?

OROV. No sé... Pienso
que rechazar debiera sus plegarias...

NORMA ¡Ah!

OROV. Sin embargo, á su dolor cediendo

la diria tal vez: «muere tranquila;
en mí su padre encontrarán los huérfanos.»

NORMA. (Aparte.) ¡Oh ventura!

OROV. (Señalando á Hena.) ¿Será quizás?...

NORMA. Aguarda.

(Colocándose en medio de la escena y dirigiéndose á todos.)

Sacerdotes, soldados, noble pueblo
de las Galias, oidme. Este es un dia
de gloria y de placer: sonríe el cielo,
y el aura que atraviesa nuestros bosques
de santa libertad lleva los ecos.
Gracias rendid á los potentes dioses
en medio de las nubes del incienso,
mientras riega la sangre de la víctima
las gradas del altar... Doblad al suelo
la frente y la rodilla...

(Todos se postran.)

¡El sacro rito
se va á cumplir, y el sacrificio horrendo!

HENA. (Aparte.) ¡Me hace temblar!

POLION. (Bajo á Norma.) ¡Piedad!

NORMA. La ira divina
no desprecieis jamás... (A Polion.) Y tú, perverso,
empieza á conocerme en este golpe.

(Se hiere y cae.)

POLION. ¡Norma!

OROV. ¡Hija mia!

NORMA. ¡Al fin libre me veo
de mi horrible sufrir!

NORMA. (Incorporándose con trabajo.) ¡Llégate, oh padre!...
«Muere tranquila...» me dijiste..

OROV. ¡Cielos!

NORMA. ¡No olvides á mis hijos!

OROV. ¡Desdichada!

NORMA. ¿Serás su padre?

OROV. (Sin poder reprimirse.) Sí... yo lo prometo.

NORMA. Dadle la libertad... lo quiso el hado.
Polion... ¿dónde te encuentras?... ¡Desfallezco!...

OROV. ¡Y le buscas aún!

NORMA. Sí... quiero verle...
por la postrera vez... Polion...
(Hace un esfuerzo para levantarse, buscando con la vista á Polion, y al ver á Hena se cubre el rostro y vuelve á caer.)
¡Ah!... muero...

OROV. ¡Infeliz... ya espiró!...

POLION. (Cogiendo el puñal.) La sigo...

OROV. (Deteniéndole el brazo.) Tente.
Vive para el cruel remordimiento;
y dile á Roma que en la Galia, sólo
de una débil mujer te hiciste dueño.
(Cae el telon.)

FIN DE LA TRAGEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, Calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta ADMINISTRACION, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.